

QUEDAN ASEGURADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD
CONFORME Á LA LEY.

LA13
C6
1902

Nº 261.



Braine-le-Comte (Bélgica). — Imp. de la V^{ta} de CH. BOURET.

INTRODUCCIÓN

Lo que podría ser una historia completa de la educación. — Al escribir una historia elemental de la pedagogía, no tratamos de hacer una historia de la educación. Pedagogía y educación, como lógica y ciencias, como retórica y elocuencia, son cosas distintas aunque análogas.

¿Cuál no sería la extensión de una historia completa de la educación? Debería abarcar en sus vastos desarrollos el cuadro entero de la cultura intelectual y de la cultura moral de los hombres en todas las épocas y en todos los países; sería el resumen de la vida de la humanidad en sus diversas manifestaciones, literarias y científicas, políticas y religiosas; y determinaría las causas tan numerosas y variadas que obran sobre el carácter de los hombres y que, al modificar un fondo común, producen seres tan diferentes como el contemporáneo de Pericles y el Europeo moderno, como el francés de la Edad media y el francés posterior á la Revolución.

En efecto, no sólo existe la educación propiamente dicha, la que se da en las escuelas y que proviene de la acción directa de los pedagogos; sino que hay una educación natural, que se recibe sin saberlo ni quererlo, por la influencia del medio social en que se vive. Hay lo que un filósofo contemporáneo llamó ingeniosamente los *colaboradores ocultos* de la educación: el clima, la raza, las costumbres, la condición social, las instituciones políticas y las creencias religiosas. Si un hombre del siglo XIX se parece poco á uno del siglo XVII, no es únicamente porque éste haya sido educado en un liceo de la Universidad y aquél en un colegio de la Compañía de Jesús, sino también porque en el aire ambiente que envolvió á uno

y á otro, contrajeron, insensiblemente, costumbres distintas de espíritu y de corazón; porque crecieron bajo otras leyes, bajo otro régimen social y político y porque fueron alimentados con diferente filosofía, con diferente religión. En ese compuesto delicado y heterogéneo que se llama alma humana, imprimen su sello multitud de fuerzas que ni siquiera se sospechan y ¡á cuántos orígenes sordos y latentes no obedecen nuestras cualidades ó nuestros defectos! La acción consciente y meditada del maestro de escuela no es quizá la más poderosa: á su lado, trabajan obscura, pero eficazmente, agentes innumerables, sin tener en cuenta el esfuerzo personal y lo que por sí misma produce la energía original del individuo.

Ya se comprende, pues, lo que podría ser una historia de la educación: algo así como una filosofía de la historia, para la cual nada sería extraño y que investigaría la vida moral de la humanidad, tanto en sus causas más variadas y pequeñas, como en sus orígenes más profundos.

Lo que debe ser una historia elemental de la pedagogía. — Muy distinto es el objeto limitado y modesto de una historia de la pedagogía, que sólo pretende exponer las doctrinas y los métodos de los maestros de la educación propiamente dicha. En ese sentido más limitado, la educación se reduce á la acción premeditada que la voluntad de un hombre ejerce sobre otros para instruirlos y para formarlos y es la auxiliar consciente del desarrollo natural del alma humana. A lo que puede la naturaleza, á lo que pueden las ciegas y fatales influencias que burlan el humano destino, la educación añade el concurso del arte, es decir, de la razón reflexiva y dueña de sí misma que aplica voluntaria y escientemente á la formación del alma aquellos principios cuya verdad ha reconocido y aquellos métodos cuyo poder ha experimentado.

Aun reducida á esto, la historia de la pedagogía ofrece todavía un vasto campo de exploración para las investigaciones. Y esto depende de que pocos asuntos han provocado, como la educación, el esfuerzo del pensamiento humano. Dirijase una ojeada sobre el

catálogo de las obras de educación publicadas en nuestra lengua, tal como lo formó M. Buisson últimamente (1). Aún incompleto, ese inventario no comprende menos de dos mil números. En Alemania, la fecundidad pedagógica ha sido llevada tal vez más lejos que en Francia. Débese esto, en primer lugar, á que las cuestiones de educación, que con cada generación se renuevan, ejercen sobre los espíritus una atracción irresistible y sin cesar renaciente. Depende también de que basta ser padre para sentir aficiones á la pedagogía y, lo que no siempre constituye un bien, para presumir de alguna competencia en ella; y depende, por último, del carácter mismo de las soluciones pedagógicas que no se deducen, á modo de conclusiones matemáticas, por razonamiento abstracto é independiente; pero que relacionándose con la naturaleza y con el destino del hombre, cambian y varían con las fluctuaciones de las doctrinas psicológicas y morales, de las cuales son inmediata consecuencia. A psicologías diferentes corresponden diferentes pedagogías. Un idealista como Malebranche no razonará sobre la educación del mismo modo que un sensualista como Locke. De igual manera, todo sistema de moral contiene en germen una pedagogía propia y original: un místico, como Gerson, no atribuirá nunca á la educación el mismo fin que le daría un hombre práctico y positivo como M. Herbert Spencer. De esto resulta una diversidad muy grande en los sistemas, ó por lo menos, una variedad infinita en los colores de las opiniones pedagógicas.

La actividad pedagógica puede, además, manifestarse ya sea por doctrinas y teorías, ya sea por métodos é instituciones prácticas. El historiador de la pedagogía no sólo tiene que dar á conocer las concepciones generales que los filósofos de la educación han sometido sucesivamente á la aprobación de los hombres, y si quiere ser completo, debe detallar los hechos consumados y estudiar en su realidad los establecimientos escolares instituidos en diversas épocas por los organizadores de la instrucción.

(1) Véase el *Diccionario de Pedagogía* de M. Buisson. Artículo *Bibliografía*.

La pedagogía es cosa compleja y hay muchas maneras de escribir su historia. Una entre otras, en la que no se ha pensado lo bastante y que no sería, seguramente, ni la menos interesante ni la menos fructuosa, consistiría en estudiar, no á los grandes pedagogos y sus doctrinas, á los grandes profesores y sus métodos, sino á los mismos discípulos. Si suponiendo que la historia nos proporcionara sobre este punto los datos necesarios, pudiera referirse detalladamente la manera con que había sido educado tal grande hombre ó tal hombre de bien; si pudieran analizarse las influencias diversas que obraron sobre la formación del talento ó el desarrollo de la virtud en individuos notables; si fuera posible, en una palabra, reconstituir por medio de biografías precisas é íntimas el trabajo, la lenta elaboración de donde procedieron en diversas épocas los caracteres firmes, las voluntades rectas ó los espíritus juiciosos, se haría una obra útil y eminentemente práctica; algo análogo á lo que sería una historia de la lógica en que se expusieran no las reglas abstractas y las leyes formales de la investigación de la verdad, sino las experiencias afortunadas, los descubrimientos brillantes que han constituido poco á poco el patrimonio de la ciencia. Esta sería quizás la mejor lógica, una lógica real y en acción; también sería la mejor de las pedagogías puesto que en ella se aprenderían no verdades generales, de empleo á veces difícil y de una utilidad que queda por demostrar, sino medios prácticos, métodos vivos, cuya aplicación eficaz y provechosa se comprendería inmediatamente.

Más que el cuadro exacto de la serie de lecciones que contiene este cuadro, lo que hemos bosquejado es el plan imaginario de una historia de la pedagogía. Sin embargo, nos hemos acercado á ese ideal hasta donde ha sido posible, haciendo esfuerzos por agrupar en torno de las principales ideas filosóficas y morales, á los pedagogos que inspiraron; dando, después de rápidos esbozos, retratos estudiados y profundos; mezclando sin cesar la exposición de las doctrinas y el análisis de las obras importantes con el estudio de los métodos prácticos y el examen de las instituciones reales; penetrando, en fin, en el pensamiento de los

grandes educadores para preguntarles cómo llegaron ellos mismos á ser pedagogos é imitándoles cuando han unido la experiencia á la teoría, en las educaciones particulares que dirigieron con éxito (1).

División de la historia de la pedagogía. — La abundancia y variedad de las cuestiones pedagógicas, el gran número de pensadores que han tratado de la educación y, en una palabra, la complejidad del asunto, podría inspirar al historiador de la pedagogía la idea de dividir su trabajo y de distribuir sus estudios en varias series. Por ejemplo, sería posible escribir aparte la historia de la educación en general y en seguida la de la instrucción que no es más que un elemento de aquélla. Comprendiendo la educación tres partes: la educación física, la intelectual y la moral, podrían formarse tres series de estudios distintos sobre esos temas; pero estas divisiones ofrecerían grandes inconvenientes. En general, las opiniones de un pedagogo no se separan: hay conexión entre su manera de ver en materia de instrucción y entre la solución que da á las cuestiones de educación propiamente dicha. Un mismo espíritu anima sus teorías ó su práctica tratándose de disciplina moral, y sus ideas en materia de educación intelectual. Preciso es, por lo tanto, considerar los diversos sistemas pedagógicos, en conjunto.

Quizás sería mejor aquel orden de división que sin tomar en cuenta el tiempo, distinguiera todas las doctrinas y todas las aplicaciones pedagógicas en cierto número de escuelas y relacionase á todos los educadores con algunas tendencias generales: la tendencia ascética, verbigracia, la de los Padres de la Iglesia y la de la Edad Media; la tendencia utilitaria, como la de Locke y de muchos modernos; el pesimismo de Port-Royal, el optimismo de Fenelón; la escuela literaria de los humanistas del Renacimiento, la escuela científica de Diderot y Condorcet. Semillante trabajo tendría su importancia, porque en las

(1) El libro que publicamos fué profesado antes de ser escrito. Nació de las conferencias que tenemos á nuestro cargo desde hace tres años, sea en la Escuela Normal superior de Fontenay-aux-Roses, sea en los cursos normales para profesores en Sèvres y en Saint-Cloud.

manifestaciones, tan variadas en apariencia, del pensamiento pedagógico, haría destacarse claramente algunos principios; siempre los mismos, que aparecen en todas las épocas de la historia; pero esto sería más bien una filosofía de la historia de la educación que una simple historia de la pedagogía.

Así pues, lo más conveniente es seguir el orden cronológico y estudiar sucesivamente los pedagogos de la antigüedad, los de la Edad Media, del Renacimiento y de los tiempos modernos. Lo mejor es interrogar á las grandes figuras de la enseñanza y de la educación, preguntando á cada maestro cómo ha resuelto por cuenta propia, las diversas partes de los problemas pedagógicos; pues, además de ser este orden el más sencillo y natural, tiene la ventaja de mostrarnos el progreso de la pedagogía que se eleva poco á poco del instinto á la reflexión, de la naturaleza al arte y que á través de largas vacilaciones y después de numerosas etapas se levanta desde sus humildes principios á una organización completa y definitiva; de revelarnos ese hermoso espectáculo de una humanidad que crece sin cesar y en cuyo origen, la instrucción alcanza no más á reducido número de objetos á la vez que sólo una parte escogidísima disfruta de la educación; pero en la que poco á poco se extienden el dominio de los conocimientos que es preciso adquirir y de las cualidades que exige la lucha por la existencia, y el número de hombres llamados á instruirse y elevarse, siendo el ideal, según la frase de Comenio, que todos aprendan y que se enseñe todo.

Utilidad de la historia de la pedagogía. — De hoy en adelante, la historia de la pedagogía forma parte del programa de las escuelas normales primarias. Ha sido inscrita en el reglamento de estudios del tercer año, bajo este título: *Historia de la pedagogía: — Principales pedagogos y sus doctrinas. — Análisis de las obras más importantes.*

No es necesario insistir en querer justificar la parte que se ha concedido á ese estudio. La historia de la pedagogía ofrece desde luego el gran interés de que se relaciona íntimamente con la historia general del pensamiento y también con la explicación filosófica de las

acciones humanas. Las doctrinas pedagógicas no son, en efecto, ni opiniones fortuitas ni acontecimientos sin alcance. Por una parte, tienen sus causas y sus principios: las creencias morales, religiosas y políticas, de las cuales son fiel imagen; y por otra contribuyen á modelar los espíritus, á establecer las costumbres. Tras el *Ratio studiorum* de la Compañía de Jesús, tras el *Emilio* de Rousseau aparece distintamente toda una religión, toda una filosofía. En los estudios clásicos organizados por los humanistas del Renacimiento se vé despuntar el gran brillo literario del siglo de Luis XIV; del mismo modo que en los estudios científicos, predicados por Diderot y Condorcet hace cien años, preparábase el espíritu positivo de nuestra época. La educación del pueblo es á la vez la consecuencia de todo lo que cree y la fuente de todo lo que será.

Pero hay aún otras razones que recomiendan el estudio de los pedagogos y la lectura de sus obras. La historia de la pedagogía es la introducción necesaria de la pedagogía misma. Debe estudiarse, no por espíritu de erudición y de vana curiosidad, sino con intención más práctica, á fin de buscar en ella las verdades que son los elementos esenciales de una teoría definitiva de la educación. El esfuerzo que debe desearse actualmente no es quizás tanto el de buscar ideas nuevas, sino el de comprender bien las que ya están en circulación, hacer una elección entre ellas y, una vez hecha esa elección, consagrarse resueltamente á ponerlas en práctica. Cuando se examina con imparcialidad todo lo que se ha concebido ó practicado antes del siglo XIX, se vé á las claras lo que nuestros predecesores nos dejaron por hacer en cuanto á consecuencias que deducir, á bosquejos incompletos ú oscuros que generalizar ó esclarecer y, sobre todo, á tendencias diversas que conciliar; y se pregunta uno lo que nos dejaron realmente por inventar.

Hasta el estudio de las quimeras y de los errores pedagógicos de nuestros antepasados, es provechoso. Son, en efecto, otras tantas experiencias que contribuyen al adelanto de nuestros métodos y nos señalan los escollos que conviene evitar. Un detenido análisis

de las paradojas de Rousseau, de las consecuencias absurdas á que conduce el abuso del principio de la naturaleza, puede ser tan instructivo como la meditación de los preceptos más sabios de Montaigne ó de Port-Royal.

Á decir verdad, la pedagogía está casi hecha para quien conoce á fondo á los grandes pedagogos de los siglos pasados y no queda más que coordinar las verdades dispersas recogidas en sus obras, apropiándoselas por la reflexión personal y fecundándolas por la fé moral y por el análisis psicológico.

Y nótese que estudiados en los hombres, que por primera vez los concibieron ó practicaron, los métodos pedagógicos se presentan á nuestro examen con sorprendente relieve. Los novadores dan á lo que inventan un acento particular, infúndenle vida excesiva á veces, pero que, precisamente por eso, permite comprender mejor su pensamiento y penetrar más completamente sus cualidades ó sus defectos.

Además, lo que hace recomendable á la historia de la pedagogía, no tan sólo es el provecho intelectual sino también la excitación moral que de ella se obtenga. ¿ Creeríase, acaso, inútil para impulsar los esfuerzos de nuestros maestros y de nuestras maestras, presentarles esos hermosos modelos de virtudes pedagógicas que se llaman Comenio, Rollin y Pestalozzi? El maestro que emprende todos los días su pesada tarea ¿ no se sentirá quizás alentado y entrará mejor y con más fuerza á su clase, en donde le esperan tantas dificultades y tantos trabajos, si su imaginación está llena con el recuerdo preciso de aquellos que en lo pasado le abrieron camino y le sirvieron de ejemplo? Si gracias á los prodigios de la electricidad se ha logrado transportar la fuerza material y mecánica á través del espacio y no obstante la distancia, por medio de la lectura y de la meditación podemos hacer algo muy semejante en el mundo moral: podemos, á través del tiempo, tomar un poco de la energía moral que inflamaba á los antiguos y hacer revivir en nuestros corazones algunas de sus virtudes de abnegación y de fé. Una historia sumaria de la pedagogía no podría, sin duda, reemplazar, desde ese punto de vista,

la lectura de los autores mismos, pero la prepara y despierta el gusto por ella.

Podemos, pues, decir que la utilidad de la historia de la pedagogía se confunde con la de la pedagogía misma y ya no necesitamos recurrir hoy á esta segunda demostración. La pedagogía, despreciada durante mucho tiempo, hasta en nuestro país, ha recobrado crédito; más aún, está de moda. Francia pedagogiza — decía últimamente uno de los hombres que en nuestra época han contribuido á excitar más y también á reglamentar la afición á los estudios pedagógicos (1). Las palabras *pedagogo*, *pedagogía* han corrido grandes peligros en la historia de nuestra lengua, Littré nos dice que la palabra *pedagogo* « se toma casi siempre en mala parte. » Por otro lado, si se consulta su diccionario, es fácil convencerse de que hace varios años no se había fijado aun el sentido de la palabra *pedagogía*, puesto que la define « la educación moral de los niños. » En la actualidad, no sólo en el idioma, sino en los hechos y en las instituciones, está perfectamente determinado el destino de la pedagogía. Claro es que no hay que abusar de ella ni atribuirle una virtud soberana y todopoderosa que no tiene, y bien podríamos decir de la pedagogía lo que de la lógica decía Sainte-Beuve: « La mejor es la que no quiere imponerse, que no está enamorada de sí misma y que reconoce modestamente los límites de su poder. La mejor es la que se hace uno á sí mismo, no la que se aprende en los libros. »

La enseñanza de la pedagogía está destinada á prestar grandes servicios á la educación y ésta, fijémoslo bien en ello, está en vías de adquirir más y más importancia: desde luego, porque bajo un gobierno liberal y en una sociedad republicana, es más y más necesario que los ciudadanos sean instruidos é ilustrados. La libertad es peligrosa cuando no tiene á la instrucción por contrapeso; y además, preciso es reconocer que en nuestra época, de esos *colaboradores ocultos* que citamos y que en todo tiempo agregan su acción á la de la educación propiamente dicha, unos

(1) Véase el artículo de M. Pécaut en la *Revue pédagogique*, 1882, n.º 2.

han perdido su influencia y otros, lejos de colaborar en la obra educadora, la contrarian y comprometen: Por una parte, la religión ha visto debilitarse su acción; no es ya, como antes, la potencia tutelar á cuya sombra crecían tranquilamente las generaciones jóvenes, y es necesario que por medio de los progresos de la razón y del desarrollo de la moralidad, la educación compense el decaimiento de la influencia religiosa.

Por otra parte, las condiciones sociales, el progreso mismo de la libertad civil y de la libertad política, la mayor independencia otorgada al niño en el seno de la familia, la multiplicación de los libros, malos y buenos, todos esos agentes, en fin, colaterales de la educación, no son siempre sus auxiliares complacientes y útiles, y se convertirían más bien en cómplices de una decadencia moral si los educadores no hicieran vigoroso esfuerzo para obrar, tanto en las voluntades y en los corazones, como en los pensamientos y para fundar las buenas costumbres y asegurar el levantamiento de nuestro país.

HISTORIA

DE

LA PEDAGOGÍA

LECCIÓN Iª

LA EDUCACIÓN EN LA ANTIGÜEDAD

Consideraciones preliminares. — *La educación entre los Indos.* — Política de casta y panteísmo religioso. — Consecuencias pedagógicas. — Reforma búdica. — Conversación entre Buda y Purna. — Prácticas pedagógicas. — *La educación entre los Israelitas.* — Edades primitivas: educación religiosa y nacional. — Adelantos de la instrucción popular. — Organización de las escuelas. — Respeto á los maestros. — Métodos y disciplina. — Espíritu exclusivo y envidioso. — *La educación entre los Chinos:* espíritu formalista. — Lao-tsé y Cong-tsé (Confucio). — La educación en los otros pueblos de Oriente: los Egipcios y los Persas.

Consideraciones preliminares. — Un historiador alemán de la filosofía empieza su trabajo, haciendo esta pregunta: « ¿Fué filósofo Adán? » De igual manera, algunos historiadores de la pedagogía dan principio á su tarea con sabias investigaciones sobre la pedagogía de los salvajes. No llevaremos las nuestras á ese extremo. Es indudable que desde el día en que vivió una familia humana, en que un padre y una madre amaron á sus hijos, existió la educación; pero poco es el interés práctico que ofrece el estudiar esos oscuros principios de la pedagogía y sólo pueden ser asunto de erudición y curiosidad, pues además de que es muy difícil recoger los débiles vestigios de la educación primitiva, obtendriase poco provecho en seguir, penosamente, las largas vacilaciones de los primeros hombres. La historia de la pedagogía no data, en realidad, más que desde la época, relativa-